

emprendía nada sin consultarla, cual si fuera su genio tutelar. Mostrábase en ellas desconsolado por ver al pueblo ansiando por momentos abrazar la causa de la aristocracia, pero á pesar de estar acostumbrado á estos alardes de habilidad, decía que le era más fácil saltar de un golpe al ministerio, que de la izquierda á la derecha. Guardaba las preciosas contestaciones de María en una cartera de secreto, regalo de Huret ó de Fichet, industriales entrambos que llenaban las esquinas de París con sus anuncios, luchando en competencia, en inventar abrazaderas y broches á cual más discretos é impenetrables. La cartera de Raúl permanecía descuidadamente sobre la mesa en que solía trabajar, en el gabinete de Florina. A nadie se engaña mejor que á una mujer, á quien se tiene la costumbre de contarlo todo; en este caso nunca desconfía; cree verlo y saberlo todo. Por otra parte, desde su regreso, la actriz no notó en las costumbres de Raúl la más leve irregularidad, y nunca hubiera imaginado que aquella cartera, que apenas se vislumbraba encima de la mesa, cerrada sin afectación, contuviese esos tesoros de amor, las cartas de un rival, que por consejo de Nathán dirigía la condesa á las oficinas del periódico. La situación de Raúl parecía brillante por extremo; tenía numerosos amigos, y dos nuevas piezas que acababa de estrenar con buen éxito sufragaban su lujo y le tranquilizaban para lo porvenir. Por lo demás, los pagarés que había firmado en favor de Tillet no le inquietaban en lo más mínimo.

—¿Por qué desconfiar de un amigo?—decía cuando en ciertos momentos Blondet manifestaba alguna duda sobre el particular, dejándose arrastrar por su hábito de analizarlo todo.

—Ni de los amigos ni de los enemigos estamos ya en el caso de desconfiar—añadía Florina.

De modo que Nathán era el acérrimo defensor de de Tillet, el cual en su concepto era el más llano, el más probo y el mejor de los hombres. Esta posición de funámbulo sin balancín, hubiera aterrado á todo el mundo, incluso al hombre más indiferente, de haber llegado á penetrar el misterio de la misma, no obstante, de Tillet la contemplaba con el estoicismo y los ojos enjutos de un advenedizo. En la amistosa hombría de bien de sus modales para con Nathán resaltaba de cuando en cuando terrible sarcasmo. Un día, al salir de casa de Florina, le dió un apretón de manos cuando subía á su cabriolé, y se puso á contemplarle, mientras se alejaba.

—Ahora se va al Bosque de Boloña arrastrando un magnífico tren—le dijo de Tillet á Lousteau, personificación de la envidia—y antes de seis meses estará en Clichy.

—¿El en Clichy? imposible—dijo Lousteau.—Florina está por él.

—Y ¿quién te dice á ti que Florina va á protegerle siempre? Prepárate para ponerte al frente del periódico, ya que vales mil veces más que él.

En octubre vencieron los pagarés, y de Tillet, siempre amable, permitió que los renovara por otros dos meses, con el aditamento del descuento y un nuevo préstamo. Raúl, seguro de la victoria, hubiera respondido con la cabeza. En esto, al cabo de pocos días, iba á regresar la señora de Vandenesse, habiéndose anticipado un mes llevada del deseo vehementísimo de ver á Nathán, y éste, bajo ningún concepto, quería aparecer á sus ojos escaso de fondos al volverse á dar á la vida militante. La correspondencia, que aventaja á la conversación, pues la pluma es siempre más audaz que la palabra, y el pensamiento, revestido con las galas del estilo, puede abordarlo y decirlo todo, infundió á la condesa el grado máximo de exaltación, viendo desde entonces en Raúl una lumbrera de la época, un gran corazón sin mancha, hasta entonces desconocido, digno de ser adorado, y una mano noblemente adelantada hacia los festines del poder. ¡Cómo retumbaría en la tribuna aquella elocuencia tan arrebatadora en el amor! María vivía envuelta en una red de círculos entrelazados como una esfera, en cuyo centro está el mundo. Mirando con tedio los tranquilos goces del hogar doméstico, recibía gozosa las emociones de esta vida comunitaria á borbotones por una pluma diestra y enamorada. Besaba con transportes de alegría esas cartas escritas entre las rudas batallas periodísticas, en ratos robados á ineludibles obligaciones; conocía su enorme precio, y segura de ser la única mujer amada y de no tener más rivales que la ambición y la gloria, hallaba medio de dar empleo á sus antes ociosas fuerzas en el seno mismo de la soledad, y se daba por feliz de haber escogido tan bien; Raúl era un ángel. En los últimos días de otoño Raúl y María reanudaron sus paseos por el bosque de Bolonia, y hasta que los salones abrieron sus puertas, era aquel el único punto de sus entrevistas. Algo más descansado pudo Raúl saborear los puros y delicados goces de su amor ideal, á cubierto de las miradas de Florina. El trabajo había disminuído algúntanto, pues en el periódico cada palo aguantaba ya su vela. In-

voluntariamente hizo entonces comparaciones, de las cuales la actriz salió ganando, sin que por eso perdiera en ellas nada la condesa; y arrastrado por su doble pasión de corazón y de cabeza hacia una mujer del gran mundo, Raúl sacó fuerzas sobrehumanas para figurar á la vez en tres teatros: el mundo, el periódico y los bastidores. Mientras Florina, acostumbrada á agradecerse todo, compartía sus trabajos é inquietudes, aparecía y desaparecía adrede de su presencia y derramaba sobre él raudales de felicidad real y positiva sin necesidad de frases ni acompañamiento de remordimientos, la condesa de ojos insaciables y casto seno, olvidaba á menudo los gigantesco esfuerzos que practicaba y los inmensos trabajos que con el exclusivo objeto de verla se imponía. En vez de dominarle, Florina se dejaba coger, dejar y volver á tomar con la complacencia de un gatito mimado. Esta llaneza de costumbres responde admirablemente á las necesidades de los hombres que trabajan con el pensamiento, y cualquier artista la hubiera aprovechado sin abandonar por eso la persecución de ese amoroso bello ideal que, constituyendo su pasión más espléndida, embelesaba sus instintos poéticos, sus grandezas secretas y sus vanidades sociales. Convencido en medio de todo de que la menor indiscreción podía producir una catástrofe, exclamaba:

—Ni la condesa ni Florina sabrán nada... ¡Viven tan apartadas!

A principios de invierno, Raúl reapareció en el mundo en la plenitud de su apogeo: era ya casi un personaje. Rastignac, que acababa de caer con el ministerio, desmoronado á consecuencia del fallecimiento de de Marsay, se apoyaba en Nathán y á su vez lo sostenía con sus elogios. La señora de Vandenesse quiso averiguar entonces si su esposo había cambiado de opinión respecto á éste. Había transcurrido un año desde que le dirigiera una pregunta semejante, y le interrogó de nuevo, ansiosa de tomar uno de esos brillantes desquites que tanto halagan á las mujeres, así á las más nobles como á las plebeyas, pues en cuestiones de amor propio es de suponer que hasta los ángeles tendrán sus rencillas respecto á su jerarquía en torno del Altísimo.

—Sólo le faltaba que se convirtiera en juguete de media docena de intrigantes—contestó el conde.

Félix, á quien su trato con el mundo y el roce con la política le permitían ver claro, adivinó la situación de Raúl, y con suma tranquilidad explicó á su esposa cómo la tentativa de Fieschi

lices, parece que quieren absorber hasta la médula los dorados frutos de la existencia, sus miradas penetran hasta el fondo del corazón, y sin parar mientes en lo que pasa á su alrededor, parece que se deleitan oyendo resonar en el aire el toque á muertos por sí mismos. Hallándose una noche en casa de lady Dudley, María advirtió esos espantosos síntomas. Mientras todo el mundo se hallaba conversando alegremente en el salón, Raúl permanecía á solas, sentado en un diván del gabinete contiguo. Al entrar la condesa no hizo el menor movimiento, cual si no percibiera su amoroso aliento, ni el crujido de su traje de seda. Fijas las miradas en una flor que había en medio de la alfombra, con los ojos embotados por el dolor, estaba pensando en si era preferible sucumbir ó abdicar. No todo el mundo tiene la isla de Santa Elena por pedestal. Por otra parte, á la sazón estaba en París de moda la manía del suicidio, última palabra de las sociedades escépticas; Raúl acababa de resolverse; la desesperación está en razón directa de las esperanzas, y las de Raúl no tenían otra salida que la tumba.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le preguntó María acercándose á él.

—Nada—contestó Raúl.

Entre dos amantes, la palabra *nada* puede pronunciarse de modo que signifique todo lo contrario. María se encogió de hombros.

—Eres un niño; dime, ¿te sucede alguna desgracia?—repuso la condesa.

—En cuanto á mí, no. Además, María, lo sabrías demasiado tarde—contestó Raúl afectuosamente.

—¿En qué estabas pensando cuando entré?

—¿Quieres que te diga la verdad?

Aquí María hizo un ademán afirmativo.

—Pues pensaba en ti, y me decía que otro hombre en mi lugar hubiera querido verse amado sin reserva, como yo lo soy de ti ¿no es verdad que sí?

—¡Sí!—dijo la condesa.

—Y no obstante—repuso abrazándole el talle é imprimiéndole un beso en la frente, á riesgo de verse sorprendidos—te dejo pura y libre de remordimientos. Pudiendo arrastrarte hasta el fondo del abismo, te abandono en el borde, radiante de pureza, sin mancha alguna. Y á pesar de todo, un pensamiento me atormenta.

—¿Cuál?—preguntó María.

—Que llegarás á despreciarme—contestó Raúl mientras ella acogía la sospecha con una soberbia sonrisa.—Sí—añadió Nathán,—llegará un día en que crearás que no te he adorado santamente, pues las mujeres no comprendéis que los hombres levantemos nuestras miradas al cielo desde el fango, para adorar exclusivamente á una María; á este santo amor soléis mezclar miserables cuestiones, sin comprender que los hombres de vasta inteligencia y elevada alma pueden desprender su espíritu de los deleites para consagrarlo en aras de un ideal ansiado. Sin embargo, María, ese culto del ideal es más ferviente en nosotros que en vosotras, pues así como nosotros lo buscamos en las mujeres, vosotras no lo buscáis en los hombres.

—¿A qué viene ese discurso?—dijo victoriosamente la condesa, harto segura de sí misma.

—A decirte que me ausento de Francia—contestó Raúl;—mañana sabrás el motivo por una carta que te llevará mi ayuda de cámara. ¡Adiós, María!

Raúl se retiró después de haber abrazado convulsivamente á la condesa, la cual permaneció como aielada por el dolor.

—¿Qué le pasa á usted, querida mía?—le dijo la marquesa de Espard, que andaba buscándola desde que Raúl hubo salido.—El señor Nathán acaba de retirarse de aquí como un héroe de melodrama. ¿Qué ha dicho?

La condesa se cogió del brazo de la de Espard y reapareció en el salón, en donde permaneció contados momentos.

—Es cuestión de alguna cita amorosa—dijo lady Dudley á la marquesa.

—Yo lo sabré—exclamó ésta bajando la escalera, tomando su carruaje y dando órdenes para seguir al de la condesa. Pero éste tomó la dirección del arrabal Saint-Honoré, y cuando la marquesa llegó á su casa, vió que la condesa Félix tomaba, como de costumbre, la calle de Rocher.

María se acostó, pero no pudo dormir y pasó la noche leyendo maquinalmente un libro de viajes, sin conseguir tampoco comprender una palabra. A las ocho y media le llevaron una carta de Raúl, la abrió precipitadamente y vió que comenzaba con estas clásicas palabras:

«Amada mía: Cuando recibas esta carta habré dejado de existir...»

La condesa no quiso leer más, estrujó el papel en una convulsión nerviosa, llamó á su camarera, se puso un peinador y se calzó los zapatos que primero le vinieron á mano, se abrigó con un chal, cogió el sombrero y salió, encargando á su sirvienta que dijera al conde que había salido para casa de su hermana, la señora de Tillet.

—¿En dónde ha dejado usted á su amo?—preguntó al criado de Raúl que le había traído la carta.

—En las oficinas del periódico—contestó éste.

—Volando pues; vamos allá.

Con gran asombro de la servidumbre, la condesa salía á pie, antes de las nueve, presa de viva agitación. Afortunadamente para ella, la camarera dijo al conde que la señora acababa de recibir una carta de su hermana, que la había excitado en gran manera, saliendo para casa de ella acompañada del mismo criado que acababa de traérsela. Vandenesse aguardó el regreso de su esposa para enterarse de lo que ocurría.

Tomó la condesa un coche de alquiler, y á los pocos momentos se hallaba en las oficinas del periódico. Los vastos salones del antiguo palacio de la calle Feydeau, donde se hallaban instaladas, estaban desiertos á aquellas horas, no encontrándose allí más que un mozo asombrado de ver á una mujer joven y linda atravesando la casa á todo correr y preguntando por el señor Nathán.

—Creo que estará en casa de la señora Florina—contestó el mozo tomando á la condesa por una rival dispuesta á promover una escena de celos.

—¿En dónde tiene el despacho?—preguntó María.

—En un gabinete cuya llave guarda en el bolsillo.

—Ensémelo usted.

El mozo la acompañó á un pequeño aposento, algo obscuro, que al parecer había servido en otros tiempos de gabinete para el tocador, contiguo á un anchuroso cuarto de dormir, cuya alcoba permanecía en pie y recibía luces de un patio interior. La condesa abrió la ventana para ver lo que pasaba: Nathán apenas respiraba, estaba en el estertor de la agonía, sentado en su sillón de redactor en jefe.

—Al momento, muchacho, derribe usted esa puerta y cállese, que yo sabré recompensar su silencio. ¿No ve usted que el señor Nathán se está muriendo?

Voló el mozo á la imprenta, y al poco rato apareció llevando en la mano una barra de hierro, con ayuda de la cual hundió

la puerta. Raúl, como una simple costurera, estaba asfixiándose con las emanaciones de un brasero lleno de carbón. Sobre la mesa había dejado escrita una carta dirigida á Blondet, en la cual le rogaba diese cuenta en el periódico de su fallecimiento, atribuyéndolo á una apoplejía fulminante. La condesa llegaba á tiempo para salvarle la vida; lo hizo trasladar á su coche, y no sabiendo donde prodigarle sus cuidados, entró en una fonda, tomó un cuarto, y envió al mozo del periódico en busca de un médico. Algunas horas después, Raúl estaba fuera de peligro; pero la condesa no quiso separarse de su cabecera sin haber recogido su confesión general; y cuando el ambicioso derrotado hubo vertido en su pecho las amargas elegías de su dolor, tomó María el camino de su casa, llevando pintados en su frente los mismos tormentos é ideas que la víspera se veían en la de Nathán.

—Yo lo arreglaré todo—le dijo al despedirse, para que no volviera á hacer otra tontería.

—¿Qué tenemos? ¿Qué le ocurre á tu hermana?—preguntó Félix al verla entrar en su casa.—Me parece que vienes algo trastornada.

—Es una terrible historia de la que he prometido guardar secreto absoluto—contestó María esforzándose para mostrarse tranquila.

A fin de poder reflexionar tranquilamente, por la noche se fué á los Italianos y de allí pasó á ver á su hermana, en donde la hemos visto al comienzo de historia pidiéndole consejo y auxilio. Entrambas ignoraban aún que de Tillet hubiera sido el que había encendido el brasero á cuya vista tanto se aterrizó la condesa Félix de Vandenesse.

—Únicamente puede contar conmigo en el mundo—dijo María á su hermana—y yo no quiero abandonarle.

Esta frase envuelve el secreto de todas las mujeres, las cuales se convierten en heroínas, cuando creen que de ellas depende la suerte de un hombre grande é irreprochable.

La pasión de María por Nathán, más ó menos problemática, había llegado á oídos del banquero; pero era del número de los que la negaban, por juzgarla incompatible con los lazos que unían á Raúl con Florina. La actriz excluía á la condesa y viceversa. Pero desde que entró en su casa aquella noche, desde que vió el semblante de su cuñada vivamente alterado durante su permanencia en los Italianos, adivinó que Raúl debía haberle confiado sus cuitas, y dedujo de aquí que la

había dado por único resultado atraer á una multitud de tibios y comprometerlos con la situación representada por Luis Felipe, próxima á derrumbarse. En estos momentos, según dijo, los periódicos de matiz mal definido iban á perder sus suscriptores, pues las corrientes de la política estaban en camino de deslindar los campos, y si Nathán había comprometido su fortuna en el periódico, estaba perdido. Esta ojeada tan justa y clara, aunque sucinta y lanzada sin intento de profundizar una situación que en nada le interesaba, procediendo de un hombre tan experto en calcular las probabilidades de éxito de todos los partidos, llenó de espanto á la señora de Vandenesse.

—Por lo que veo se interesa usted muchísimo por este suceso—dijo Félix á su esposa.

—¿Qué quiere usted que le diga? es un hombre que con sus dichos me distrae—contestó ésta con tal aplomo que el conde no concibió la menor sospecha.

Al día siguiente, María y Raúl tuvieron en los salones de la señora de Espard una larga conversación en voz baja. Expresó la condesa los temores que la víspera le hiciera concebir su esposo, y Raúl los disipó con una sarta de epigramas dirigidos á rebajar la grandeza conyugal de Félix. Nathán necesitaba su desquite, y pintó al conde como á hombre de menguado ingenio y de opiniones reaccionarias, que pretendía juzgar á la Revolución de julio bajo el prisma de la Restauración, obstinándose en no querer confesar el triunfo de la clase media, la nueva fuerza de las sociedades, más ó menos durable, pero real. Ya había pasado el reinado de los grandes señores, y comenzaba el de las verdaderas superioridades. Y así, en vez de aprovecharse del aviso indirecto y, por lo tanto, imparcial de un hombre interrogado desapasionadamente, Raúl se engreuyó con sus ideas, se elevó subiéndose á los zancos y se embozó con la púrpura de sus triunfos. Después de esto, ¿existe una sola mujer en el mundo que crea menos en las opiniones de su amante que en las de su marido? Reanimada la señora de Vandenesse, vió empezar de nuevo aquella vida de reprimidos enfados, de pequeños goces clandestinos y disimulados apretones de mano que habían constituido el pasto de su amor durante el pasado invierno, y que suelen arrastrar á la mujer fuera de sus límites cuando el hombre amado toma alguna resolución y se muestra impaciente ante los obstáculos. Afortunadamente para la condesa, Raúl, saciado por Florina, no era peligroso. Aparte de esto, sobrevinieron tales accidentes, que no le hubie-

ran permitido aprovecharse de su situación con la condesa, por más que á ésta le hubiera bastado, para precipitarse en el abismo, una desgracia que le sucediera á su adorado, los antiguos obstáculos que se renovaran ó una nueva impaciencia. Raúl vislumbraba claramente estas dificultades, cuando á fines de diciembre de Tillet reclamó el importe de los pagarés. El rico banquero, bajo pretexto de que se hallaba en grandes apuros metálicos, le aconsejó que acudiera á un usurero, indicándole á Gigonnet, providencia de mozos apurados, á un veinticinco por ciento. Con la esperanza de que en enero, época de la renovación de suscripciones del periódico, se llenarían las cajas de la administración, y de escribir una nueva pieza para la escena, aceptó el consejo, y provisto de una carta de recomendación que le facilitó el mismo banquero, fuese á encontrar á Gigonnet, quien le proporcionó la cantidad necesaria, mediante pagaré á veinte días fecha. Lejos Raúl de indagar las causas de esta facilidad desacostumbrada, arrepintiéndose de no haberle pedido mayor suma. Así suele pasarles á los hombre mayor talento; acostumbrados á invertir su ingenio en las obras que escriben, lo economizan en las cosas más graves de la vida. Raúl se limitó á referir en tono chancero á Florina y á Blondet su entrevista con Gigonnet: les hizo un retrato completo de su persona, y se burló de su apagada chimenea, del mugriento papel de *Reveillon* de su aposento, de la escalera, de la mísera y asmática campanilla, de su estropeada estera y, en fin, de su hogar sin una chispa, como sus miradas, haciéndoles reir grandemente con el nuevo tío y sin que nadie se inquietara por ese de Tillet exhausto de fondos, ni por ese usurero tan próximo á acudir á los tribunales. ¡Nada, caprichos!

—Si, como dices—observó Blondet,—te ha exigido tan sólo un quince por ciento, debías darle las gracias; á un veinticinco por ciento, á esas gentes ya no se les saluda; la usura empieza en el cincuenta por ciento, y entonces se les desprecia.

—¡Despreciarlos!—exclamó Florina.—¿Qué amigo encontraréis que os deje dinero á ese interés sin vanagloriarse de protergeros?

—Florina tiene razón—dijo Raúl—y estoy contentísimo no debiéndole nada á ese de Tillet.

¿Por qué han de adolecer de una falta tal de penetración esos hombres acostumbrados á penetrarlo todo? Tal vez la percepción es en ellos incompleta; tal vez los artistas se preocu-

pan demasiado del momento presente para ocuparse del porvenir; tal vez se fijan demasiado en las ridiculeces para ver el lazo que se les tiende, ó quizá se creen superiores á todo el mundo y, por lo tanto, seguros. El porvenir no se hizo esperar. Pasados veinte días, eran protestados aquellos pagarés; pero, gracias á los esfuerzos de Florina, se obtuvieron del tribunal de comercio veinticinco días de prórroga para proceder al pago. Raúl entonces examinó seriamente su posición y vió que el periódico cubría á duras penas los dos tercios de los gastos y que las suscripciones iban disminuyendo. El grande hombre tornóse inquieto y sombrío; pero sólo para Florina, á quien se había confiado por completo. Esta le aconsejó que buscara dinero sobre algunas obras dramáticas que tenía que escribir, y que vendiera los productos de su repertorio. Gracias á este medio redujo la deuda á cuarenta mil francos. El diez de febrero espiraba la prórroga de veinticinco días concedida por el tribunal, y de Tillet, que no quería luchar con la candidatura de Nathán en el colegio en que pensaba presentarse, y que había dejado al abogado Massol otro colegio bajo la protección del ministerio, hizo que Gigonnet persiguiera á Raúl sin tregua ni descanso. Ya es sabido que un hombre encarcelado por deudas no puede presentarse candidato en unas elecciones; así pues, Clichy amenazaba devorar al ministro en ciernes. En el entretanto Florina, que estaba en relaciones continuas con los alguaciles del tribunal á consecuencia de sus numerosas deudas, no contaba más que con el célebre *Yo de Medea*, por cuanto sus muebles acababan de ser embargados. El pobre ambicioso, por todas partes donde se volviese, oía sólo los crujidos de su edificio levantado recientemente, pero sin cimientos. Sin fuerzas para sostener su vastísima empresa, se sentía incapaz de volverla á comenzar, próxima á morir bajo los escombros de su loca fantasía. Su amor hacia la condesa era lo único que le infundía alguna confianza; pero sólo en el exterior, pues en el fondo de su alma había muerto por completo. Sin que todavía sospechara de de Tillet, no veía más que la mano implacable del usurero. Por su parte Rastignac, Blondet, Lousteau, Vernou, Finot y Massol se guardaban de esclarecer á un hombre dotado de una actividad tan peligrosa. Rastignac, que ansiaba nuevamente el poder, hacía causa común con de Tillet y Nucingen, y en cuanto á los demás, se solazaban á más y mejor contemplando la agonía de uno de sus iguales, culpable de haberse querido erigir en su-

perior á todos ellos. Nadie decía una palabra á Florina, que no fuese todavía para encomiar á la pobre víctima.

—Nathán—decían—tiene los hombros robustos para sostener el mundo; ya veréis como se desenvuelve y sale de apuros sin necesidad de nadie, y entonces todo irá á las mil maravillas.

—Ayer se hicieron dos nuevos suscriptores—decía Blondet con aire grave.—Raúl será diputado. Votados los presupuestos, la Cámara será disuelta.

Perseguido mientras tanto Nathán, ya no podía contar con la usura; y Florina, con su ajuar embargado, únicamente se atrevía á esperarlo todo de los azares de una pasión inspirada á algún tonto, que no se encuentra siempre que se necesita. Nathán tenía amigos, pero sin dinero ni crédito; y una detención, que iba haciéndose inevitable, mataba en flor todas sus esperanzas políticas. Para colmo de desgracias, se había impuesto enormes trabajos cobrados de antemano; de modo que no veía el fondo del abismo abierto á sus plantas. ¿La condesa le seguiría ó se apartaría de él? Se necesita un amor muy grande para que las mujeres se avengan á rodar con sus amantes por la sima de semejante precipicio, y la pasión que se profesaban no la había enlazado todavía con los supremos vínculos de la suprema felicidad. Y aun cuando estuviera dispuesta la condesa á seguirle al extranjero ¿no le seguiría desprovista de fortuna, y, en este caso, no sería un nuevo obstáculo? Un espíritu de segundo orden, orgulloso como Nathán, debía ver, como en efecto vió, en el suicidio, la única espada que podía romper ese cúmulo de nudos gordianos. Su idea de caer de bruces en presencia de aquel mundo que él se había propuesto dominar, ingresando de nuevo en las filas como soldado raso, se le hacía insoportable. La locura danzaba, haciendo sonar sus cascabeles, en los dinteles de la fantástica morada del poeta. En este extremo, Nathán resolvió abandonarse á la suerte, y aplazar su propósito hasta el postrer momento.

En los últimos días que absorbieron los trámites del juicio, Raúl, á pesar suyo, llevaba por todas partes ese aire friamente siniestro con que los observadores señalan á las personas en cuyo cerebro se halla en incubación la idea del suicidio. Los fúnebres pensamientos que van acariciando imprimen en su frente un tinte oscuro y nebuloso; en su sonrisa brilla la fatalidad, y sus movimientos y ademanes son solemnes. Esos infe-

condesa le amaba, y que el objeto de su visita no era otro que pedir á su hermana la suma que aquél adeudaba á Gigonnet. Por otra parte, la estupefacción de su esposa avivó sus sospechas, hasta convertirlas en evidente certeza. El banquero creyóse con esto poseedor del hilo de las intrigas de Nathán. Nadie sabía que este desgraciado estuviera oculto en el cuarto de una fonda con el nombre del mozo de la redacción, á quien la condesa prometió la suma de quinientos francos, si guardaba el secreto de todo lo ocurrido. Por su conducto supo la portera que Nathán se encontraba algo indispuerto á consecuencia del excesivo trabajo á que se entregaba. El banquero encontró muy natural que el periodista se ocultara, á fin de sustraerse á las pesquisas de los agentes que tenían orden de prenderlo. Cuando los espías fueron á tomar informes, sacaron en claro que una dama se lo había llevado consigo, y transcurrieron dos días antes de que pudieran averiguar el número del coche; interrogaron al cochero y escudriñaron la fonda donde había ido á parar. A las prudentes medidas de María debió Nathán estos tres días de tregua.

Entrambas hermanas pasaron una mala noche. Semejante catástrofe lanza sobre toda una existencia los reflejos de su llama, iluminando más bien la superficie inferior sembrada de escollos que las altas cumbres, objeto hasta entonces de ardorosas miradas. Impresionada por el siniestro espectáculo de un joven moribundo, sentado en su sillón, delante del periódico, dejando escritos como un varón romano sus últimos pensamientos, la pobre señora de Tillet no pudo pensar más que en socorrerle y dar vida á un alma que á la vez era vida de la de su hermana. Es propio de nuestra naturaleza impresionarse por los efectos antes de analizar las causas, y Eugenia acabó de afirmarse en la idea que había tenido de acudir para el caso á la baronesa Delfina de Nucingen, en cuya casa debía ir á comer, segura del éxito. Generosa como todas las personas que no han pasado por los pulimentados cilindros de acero de la sociedad moderna, resolvió cargarlo todo sobre sus hombros. Por su parte, la condesa satisfecha de haber salvado la vida á Nathán, pasó la noche ideando estrategias para proporcionarse cuarenta mil francos. En tales crisis las mujeres son sublimes. Arrastradas por el sentimiento combinan tales medios, que asombrarían á los ladrones, agentes de negocios y usureros, si estas tres clases de gente son capaces de asombrarse. Ora la condesa pensaba vender sus diamantes.

tes, sustituyéndolos con otros falsos, ora quería que su hermana, comprometida ya, pidiera la suma á Vandenesse; pero con sobrada nobleza para apelar á esos medios deshonorosos, apenas los concebía los desechaba. ¡Dar el dinero de Vandenesse á Nathán! A esta idea se revolcaba por la cama, asustada de tanta infamia. ¡Sustituir los diamantes! Su esposo acabaría por notarlo. Tan pronto determinaba acudir á los Rothschild, como al arzobispo de París, que tiene la obligación de socorrer á los pobres, vagando así de una á otra religión, implorándolo todo. ¡Con cuánta amargura deploró no estar á bien con el gobierno! En otros tiempos hubiera encontrado dinero; sí, lo hubiera encontrado junto á las gradas del trono. De pronto se le ocurría la idea de acudir á su padre; pero el antiguo magistrado detestaba toda ilegalidad, y harto sabían sus hijos cuán escasas simpatías tenía por las desgracias amorosas, de las cuales no podía oír hablar, á fuer de misántropo y enemigo de toda suerte de intrigas. En cuanto á su madre, vivía retirada en una de sus posesiones de Normandía, rezando y economizando, rodeada de curas y de talegas, rígida hasta el postrer suspiro. Y admitiendo que llegara á tiempo ¿le entregaría acaso su madre una cantidad semejante sin exigir que le explicara el uso á que pretendía destinarla? Fingiría tener algunas deudas y de este modo vería de enternecerla; sí, este era el último recurso. El conde de Granville le proporcionaría pretexto para el viaje, fingiendo una grave indisposición sobrevenida á su esposa. El doliente espectáculo que por la mañana le aterrorizó, los cuidados que tenía que prodigar á Nathán, las horas que pasó junto á su cabecera, las entrecortadas confidencias de éste, esa agonía de un gran talento, ese vuelo del genio cortado por un objeto vulgar é innoble, todo, todo enteramente tomó cuerpo en su imaginación para estimular su amor. Repasó en seguida sus emociones y se sintió más obligada en las miserias que en las grandezas. ¿Habría besado aquella frente, coronada por el éxito? No. Las últimas palabras que Nathán pronunció en el salón de lady Dudley estaban preñadas de infinita nobleza. ¡Qué santidad envolvía aquel adiós que destinaba á ser el postrero! ¡Cuánta hidalguía no encerraba la inmolación de una ventura que debía trocarse en su tormento! Deseó un día emociones y éstas abundaban al fin, crueles y terribles; pero adorables. Vivía ya más por el dolor que para el placer. Con cuánto deleite se decía:

—¡Lo he salvado una vez y volveré á salvarle todavía!

Aun resonaban en su corazón las palabras de Nathán, cuando al posar ella sus labios sobre la frente de él, dijo:

—Tan sólo los desgraciados saben hasta donde alcanza el amor.

—¿No te sientes bien?—le preguntó su esposo al pasar á su gabinete á buscarla para el desayuno.

—Qué quieres que te diga, el drama que ha pasado en casa de mi hermana me ha impresionado vivamente—exclamó la condesa sin faltar á la verdad.

—¡Pobre María Eugenia! ha caído en malas manos—repuso Félix;—es una vergüenza para una familia tener en su seno á un de Tillet, á un hombre que no conoce la nobleza. Si á tu hermana le sucediera una desgracia, difícilmente encontraría allí quien se apiadara de ella.

—Y ¿qué mujer encontrarás que se conforme con que la compadezcan?—exclamó la condesa con arrogancia, haciendo un movimiento convulsivo.—Mostraos despiadados, que vuestros rigores son para nosotras una gracia.

—¡Siempre noble de corazón!... No es esta la primera vez que lo echo de ver—dijo Félix, besando la mano de su esposa, conmovido por tanta altivez.—Una mujer que piensa como tú no necesita que la guarden.

—¡Guardarnos!—repuso la condesa—¡he aquí un baldón que recae exclusivamente sobre vosotros mismos!

Félix sonrió; María sonrojóse. Cuando una mujer ha incurrido en falta, eleva ostensiblemente el orgullo femenino hasta el más alto grado; en el engaño muéstrase llena de dignidad, cuando no de grandeza.

María escribió dos líneas á Nathán bajo el nombre de señor Quillet, diciéndole que todo andaba bien, y se las envió por un mandadero á la fonda de Mail. Por la noche recogió en la Ópera el beneficio de sus mentiras, pues su esposo encontró sumamente natural que se trasladara al palco de su hermana, y aguardó á que de Tillet se ausentase para acompañarla. ¡Qué emociones experimentó María al atravesar los corredores y entrar en el palco de su hermana, con fingida tranquilidad, ante toda la concurrencia asombrada de verlas reunidas!

—¿Qué tenemos?—le dijo al asomarse á la puerta.

El rostro de María Eugenia era ya una respuesta; reflejaba ingenua alegría, y hubo quien llegó á atribuirle á una vanidad satisfecha.

—Cuéntalo por salvado, querida mía; pero sólo por tres meses, tiempo bastante para que escogitemos medios más eficaces. La señora de Nucingen exige sólo cuatro pagarés de diez mil francos cada uno, firmados por cualquiera, pues no trata de comprometerte. Me ha explicado la forma en que deben ir redactados; y como yo no entiendo de esas cosas, creo que el mismo señor Nathán podrá prepararlos... Únicamente debo decirte que he pensado que Schmuke, nuestro viejo profesor, puede servirnos en esta ocasión: creo que no tendrá inconveniente en firmarlos. Uniendo á estos cuatro valores una carta tuya garantizando el pago á la señora de Nucingen, mañana mismo te facilitará la suma. Ejecútalo todo tú misma, sin fiarte de nadie. Creo que Schmuke no opondrá inconveniente alguno. Para evitar toda sospecha, he significado que deseabas auxiliar á nuestro antiguo profesor de música, un pobre alemán desgraciado, y con este pretexto me ha sido fácil recomendarle el mayor secreto.

—¡Eres un ángel! ¡Con tal que la baronesa no hable de ello hasta haber soltado la suma!—dijo la condesa levantando los ojos al cielo, como para implorar á Dios, aunque se encontrase en la Ópera.

—Recuerda que Schmuke vive en la callejuela de Nevers, cerca del muelle Conti: no lo olvides y ve tú misma.

—Gracias, gracias—dijo la condesa apretando la mano de su hermana.—Daría diez años de vida...

—Descontándolos de la vejez ¿verdad?...

—Para acabar con semejantes angustias—dijo la señora de Vandenesse, sonriendo á la interrupción de su hermana.

Cuantas personas contemplaban en aquel instante á las dos hermanas, podían creer que estaban ocupándose de los más frívolos objetos, al ver sus ingenuas sonrisas; pero uno de esos ociosos que acuden al teatro más bien para pasar revista á los prendidos de las damas y sus facciones, que á saborear la ópera, habría podido adivinar muy bien el secreto de la condesa, al notar la violenta sensación que extinguió súbitamente la sonrisa en sus labios encantadores. Raúl, que durante la noche no tenía nada qué temer de los corchetes, pálido y afectado, con los ojos inquietos y la frente sombría, apareció en la grada en que de ordinario se colocaba. Dirigió un rápido vistazo al palco de la condesa, y al hallarlo desocupado se llevó las manos á la frente.

—Y ¿cómo diablos ha de encontrarse en el teatro?—pensó.

—¡Míranos aquí, grande hombre!—murmuró la señora de Tillet.

Por lo que toca á María, aun á riesgo de comprometerse, fijó en él una de esas ardientes miradas en las cuales rebosa la voluntad, como rebosan en un rayo solar las ondas luminosas, y que, según los magnetizadores, penetran en la persona á quien van dirigidas. Raúl, cual si hubiese sentido el contacto de una varilla mágica, irguió la cabeza, y sus miradas se encontraron con las de las dos hermanas. Con esa adorable viveza que nunca abandona á las mujeres, la condesa llevó una mano á una cruz que pendía de su garganta y se la mostró con una sonrisa rápida y significativa. Aquella joya irradió sobre la frente de Raúl, quien contestó con un gesto de alegría: lo había comprendido todo.

—¿No es mucho, Eugenia mía—dijo la condesa á su hermana,—eso de volver la vida á los muertos?

—Te has hecho digna de ingresar en la sociedad de salvamento de náufragos—contestó sonriendo la señora de Tillet.

—Triste ha venido Raúl; pero ¡cuán lleno de contento se marchará!

—¡Hola! ¿cómo vamos?—dijo de Tillet á Raúl, dándole un apretón de manos con todos los síntomas de cordial amistad.

—Admirablemente; acabo de recibir buenas noticias sobre elecciones: la mía está asegurada.

—Me alegro infinito—repuso el banquero;—pero ¿sabes que pronto van á faltarnos medios para la continuación del periódico?

—Se encontrarán.

—Las mujeres tienen el diablo en el cuerpo—dijo de Tillet sin dar la más mínima importancia á las palabras de Raúl.

—¿Por qué?

—Observo que mi cuñada se halla junto á mi mujer: alguna intriguilla habrá de por medio. Y á propósito, parece que la condesa te adora: he notado que te saludaba en presencia de todo el público...

—Mira—dijo la señora de Tillet á su hermana,—nos llaman falsas, y mi marido, que está haciendo la corte al señor Nathán, es el que trabaja más para ponerlo preso.

—¡Y aun los hombres se atreven á acusarnos!—exclamó la condesa—ya miraré yo de advertirle.

Al poco rato se levantó, cogióse del brazo de Félix, que la aguardaba en el corredor, y radiante de alegría volvió á su